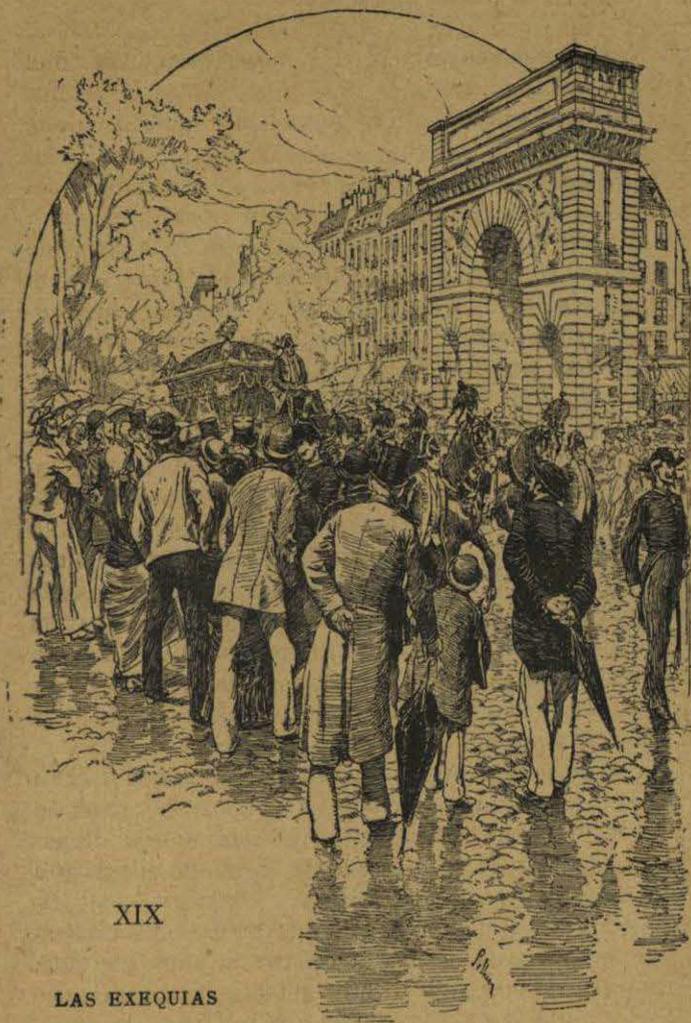


sacerdote y una monja, recogidos en aquella atmósfera de la vela mortuoria, en la cual se mezclan la fatiga de las noches en claro y el bisbiseo y los murmullos de la oración y de la sombra.

Aquella estancia en la cual habían sentido crecer sus alas tantas ambiciones, donde hirvieron tantas decepciones y tantas esperanzas, aparecía entregada á la quietud que á su paso deja la muerte. Ni un ruido, ni un suspiro. Únicamente, á pesar de lo temprano de la hora, allá en lontananza, por la parte del puente de la Concordia, un pequeño clarinete áspero y vibrante dominaba el ruido de los primeros carruajes; pero su enervante burlerfa ya no había de martirizar más á aquel que dormía allí mostrando al aterrizado Nabab la imagen de su propio destino, enfriado, descolorido, dispuesto para la tumba.

Otros vieron aquella estancia mortuoria, más lúgubre todavía de lo que la vió el Nabab. Las holgadas ventanas abiertas de par en par. Una forma encima de un tablado: el cuerpo que acababan de embalsamar. La cabeza hueca, llenada con una esponja; el cerebro en una cubeta. El peso de aquel cerebro de hombre de Estado era verdaderamente extraordinario. Pesaba... pesaba... Los periódicos de aquel tiempo publicaron la cifra, ¿Pero quién va á acordarse de ella en la actualidad?



XIX

LAS EXEQUIAS

No llores, hada mía, que me descorazonas. Ya verás cómo vas á estar mucho mejor una vez libre de tu tremendo diablillo... Te vuelves á Fontainebleau á cuidar de tus gallinas... Los diez mil francos de Brahim servirán para tu instalación... Después, pierde cuidado, que una vez esté yo allí no te ha de faltar dinero. Ya que el Bey quiere obras mías, que pague, no he de ser tan ton-

ta... Ya verás cómo volveré rica, muy rica. ¡Quién sabe! Tal vez sultana...

Sí, tú serás sultana... Pero yo ya habré muerto y no te veré más.

Y la buena Crennitz, desesperada, se escondía en un rincón del fiacre para que no la viesen llorar.

Felicia se iba de París. Quería escapar á la horrible tristeza, al siniestro decaimiento en que la había sumido la muerte de Mora. ¡Que golpe más terrible para la orgullosa joven! El fastidio, el despecho la habían arrojado en brazos de aquel hombre: orgullo, pudor, todo se lo había dado, y he aquí que se lo lleva todo, dejándola marchita por toda la vida; viuda sin lágrimas, sin luto, sin dignidad. Un par ó tres de visitas á Saint James, algunas veladas en el fondo de una bañera de teatro de segundo orden detrás de la celosía que oculta el placer ilícito y vergonzoso, eran los únicos recuerdos que le quedaban de aquellas relaciones de quince días, de aquella falta sin amor que ni siquiera había llegado á halagar su vanidad con el estrépito de un gran escándalo. La mancha inútil é indeleble, la caída sin garbo de una mujer que no sabe andar y que no osa levantarse por miedo á la irónica compasión de los transeuntes.

Por un momento pensó en el suicidio, pero la detuvo luego la idea de que se atribuirá á una desesperación de corazón. Vea ya el enternecimiento sentimental de los salones, la facha ridícula que haría su pretendida pasión entre las innumerables conquistas del duque, y las elegíacas siempre vivas que los Moëssards del periodismo deshojarían encima de su tumba abierta tan junto á la otra. Entonces recordó que al día siguiente de su extraordinario triunfo en la Exposición había ido á verla el anciano Brahim Bey, y á hacerle magníficas proposiciones, en nombre de su amo de él, para que fuese á Túnez á encargarse de obras importantísimas. En aquel momento había dicho que no, sin dejarse tentar por los precios orientales, por una hospitalidad espléndida, por el mejor de los patios del Bardo para taller con su andito de pórticos calados. Pero ahora habían variado las cosas. No tuvo que hacer más que apuntarlo, los tratos quedaron

concluidos en seguida, y tras un cambio de telégramas, un embalaje rápido y el cierre de la casa tomó el camino de la estación como para un viaje de ocho días, asombrada ella misma de su pronta resolución, halagada en todas sus aficiones aventureras y artísticas por la perspectiva de una vida nueva en un país desconocido.

En Génova tenía que aguardarle el yacht de recreo del Bey, y de antemano, cerrando los ojos en el fiacre que la conducía, veía las blancas piedras de un puerto de Italia ciñendo un mar irisado en que el sol tenía ya destellos del Oriente, en que todo cantaba, hasta las velas al henchirse por la cerúlea planicie. Precisamente París, aquel día, presentábase cuajado de lodo, de un gris uniforme, inundado por una de esas lluvias continuas que parecen hechas de intento para él, que parecen haberse desprendido en nubes de su río. Felicia tenía prisa por escapar de aquel pesado París, y su febril impaciencia la ponía furiosa contra el cochero que había hecho alto, contra los caballos, dos verdaderos pencos de fiacre, contra aquella inexplicable aglomeración de coches, de ómnibus aculados en las cercanías del puente de la Concordia.

—Pero, cochero, adelante, ¿qué hacemos parados?...

—Es que no puedo, señora... hay un entierro.

La señora se asomó á la ventanilla, y volvió á retroceder, azorada, más que de prisa. Una hilera de soldados que avanzaban con el fusil á la funerala, un revoltijo de cascos, de sombreros enarbolados que saludaban el paso de una interminables comitiva. Era el entierro de Mora que desfilaba.

—No paréis... Dad la vuelta... gritó al cochero.

El cochero viró con harta pena, privándose á regañadientes de aquel soberbio espectáculo que París aguardaba hacía cuatro días, remontó las avenidas, tomó por la calle de Montaigne, y á trote corto y remolón desembocó en la Magdalena por el bulevar Maiesherbes, La aglomeración, allí, era todavía más compacta. Á través de la brumosa lluvia, los ventanales iluminados del templo, el estrépito sordo de los cantos fúnebres bajo las negras colgaduras, prodigadas hasta el punto de hacer desaparecer la forma griega del edificio, llenaban todos los

ámbitos de la plaza con el oficio que se estaba celebrando, mientras que la mayor parte del inmenso séquito se distribuía por la calle Real hasta cerca de los puentes, prolongada línea negra que enlazaba al difunto con aquella verja del Cuerpo legislativo que tantas veces franqueara. Más allá de la Magdalena abríase la calzada de los bulevares, vacía de gente, espaciada, ceñida por dos hileras de soldados con el arma descansando, á duras penas pudiendo contener al inmenso gentío que ennegrecía las aceras, con las tiendas cerradas, y los balcones, á pesar de la lluvia, atestados de gente que estiraban la cabeza en dirección al templo, como si aguardasen el paso del buey gordo ó la entrada de un ejército victorioso. París, hambriento de espectáculos, no es exigente, y tanto le da la guerra civil como el entierro de un hombre de Estado...

El fiacre no tuvo otro recurso que dar la vuelta nueva vez para hacer un nuevo rodeo, y no es difícil imaginar el mal humor del cochero y de sus animales, parisienses los tres hasta la médula, y rabiosos de tener que privarse de una representación tan sin igual. Entonces comenzó por las calles desiertas y silenciosas, pues toda la vida de París se había concentrado en la gran arteria del bulevar, una carrera caprichosa y desordenada, un insensato traquetear de pesetero que llegaba hasta los puntos extremos del arrabal Saint-Martin, del arrabal Sant-Denis, volvía á internarse hacia el centro para dar cada vez, á pesar de rodeos y de ardidés, con la misma valla, con la misma aglomeración, algún fragmento del negro desfile entrevisto en la desembocadura de la calle, desenrosándose lentamente bajo la lluvia al són de los tambores enlutados, són mate y apagado como el de la tierra al desmoronarse por alguna hendidura.

¡Qué suplicio para Felicia! Lo que cruzaba las calles de París en aquella pompa solemne, en aquel aparato fúnebre, en aquel duelo público, que aún en las nubes se reflejaba, era su falta, su remordimiento; y la orgullosa joven se rebelaba contra aquella afrenta que le inferían las circunstancias, esforzándose en sustraerse á ella acurrucándose en el fondo del carruaje donde permanecía con los ojos cerrados, anonadada, mientras la vieja Crenmitz,

figurándose que aquella sobreexcitación nerviosa era la sobreexcitación del dolor, procuraba consolarla, lloraba á su vez á lágrima viva al pensar en la separación, y escondiéndose también dejaba libre toda la ventanilla del fiacre al gran galgo argelino, que sorbía el aire con su fina cabeza y apoyaba despóticamente en ella sus dos patas con heráldica rigidez. Por fin, después de mil rodeos interminables, el fiacre se detuvo de improviso, volvió luego á ponerse en marcha penosamente entre una tempestad de gritos y de injurias, hasta que, empujado, suspendido casi en volandas, á pique de perder el equilibrio con el zarandeo de las maletas acumuladas en la parte superior, quedó inmóvil, clavado, sujeto, cual si hubiese echado anclas.

—¡Dios mío! ¡Cuánta gentel... murmuró aterrada la Crenmitz.

Felicia, vuelta en sí de su abatimiento, añadió:

—¿Pero dónde estamos?, vámonos... No quiero estar aquí.

Y tirando colérica del calado carrick del cochero, llena de terror ante la idea de aquel fantasma que la perseguía, de lo que oía venir en el horrible estruendo, lejano aún pero que por momentos se iba acercando. Mas al primer movimiento de las ruedas se renovó el tumulto y la gritería de la multitud. Creyendo que podría atravesar la plaza, había el cochero conseguido á fuerza de fuerzas llegar hasta las primeras filas de la multitud, la cual había vuelto á cerrarse detrás de él y se negaba á abrirle paso. Era forzoso permanecer allí, aguantar aquellas vaharadas de populacho y de aguardiente, aquellas miradas curiosas, excitadas de antemano por un espectáculo excepcional, y que devoraban á la hermosa viajera que tomaba las de villadiego con tal número de baúles y un señor perro de aquel calibre como defensor. La Crenmitz se moría de miedo; en cuanto á Felicia, no pensaba más que en una cosa: en que pasaría por delante de ella, y que ella tendría que verle en primera fila.

De pronto sonó una exclamación general: «Ya está aquí»; luego reinó un silencio absoluto en toda la plaza. Ya llegaba.

El primer impulso de Felicia fué correr la cortinilla de su lado, del lado precisamente por el cual iba á desfilar el cortejo. Pero al oír el cercano redoblar de los tambores, presa de una rabia nerviosa al ver que no le era dable sustraerse á aquella obsesión, contagiada también tal vez por la extraña curiosidad que la circunfía, asomó con descaro su ardiente y pálida cabecita:

—Puesto que te empeñas, ahí me tienes... A la orden.

No se imagina cosa más bella en punto á entierro que aquellos últimos honores con todo su aparato. Precedían los albos sobrepellices del clero, que destacaban sobre la negra funda de los cinco primeros carruajes; detrás, tirado por seis caballos negros, verdaderos caballos del Erebo, tan negros, tan lentos, tan pesados como sus olas, avanzaba el coche fúnebre cuajado de plumeros, de franjas, de plateadas bordaduras, de gruesos lagrimones, de coronas heráldicas sostenidas por MM gigantescas, fatídicas iniciales que parecían ser las de la misma Muerte, la Muerte duquesa ornada con los ocho florones. Tanto baldaquino, tanta tupida colgadura disfrazaban la vulgar armazón del carruaje, el cual se estremecía, se balanceaba á cada paso, desde la base á la cúspide, como aplastado por la majestad del cadáver. Encima del ataúd, la espada, el uniforme, el sombrero galoneado, disfraz de parada todavía por estrenar, destellaban su oro y su nácar en la sombría capilla de las colgaduras, entre los colorines de las flores recién abiertas que delataban la estación primaveral, en contra de lo que pudiera dar á creer lo plumizo del cielo. Á diez pasos de distancia, la servidumbre del duque; detrás, en majestuoso aislamiento, el oficial de rozagante capa portador de las condecoraciones, repleto muestrario de todas las órdenes del mundo, cruces, bandas multicolores que rebosaban del almohadón de terciopelo negro adornado con borlas de plata.

Seguía luego el maestro de ceremonias precediendo á la delegación del Cuerpo legislativo, una docena de diputados elegidos por la suerte, llevando en medio la prominente talla del Nabab, engalanado por vez primera conel uniforme oficial, cual si la irónica fortuna se hu-

biese empeñado en dar á probar al representante enciernes todos y cada uno de los goces parlamentarios. Los amigos del difunto, que venían detrás, formaban un grupo bastante exiguo, y escogido como de intento para mostrar en toda su desnudez la superficialidad y el vacío de aquella existencia de personaje de alto bordo reducida á la intimidación de un empresario quebrado tres veces, de un mercader de cuadros enriquecido por la usura, de un gentil hombre averiado y de algunos buscavidas y paseantes en corte que nadie sabía cómo se llamaban. Hasta allí todos iban á pie y descubierta la cabeza: apenas en la delegación parlamentaria tal cual casquete de seda negra que algunos se atrevieron á ponerse. Entonces comenzaban los carruajes.

Cuando muere un gran capitán, es costumbre hacer marchar detrás del carro mortuorio el caballo favorito del héroe, su caballo de guerra, obligado á amoldar al paso reglamentario su andar brioso. En el cortejo de Mora, el lugar correspondiente á aquel compañero de la victoria ocupábalo su cupé de gala, aquel suave vehículo que le condujera á las asambleas políticas ó mundanas, cubierto todo él de paño negro, con sus faroles envueltos en largas gasas tenues que flotaban hasta el suelo con una especie de gracia femenina ondulatoria. Era una nueva moda funeraria la de esos faroles velados, la última palabra en materia de luto; y en verdad que nada más en carácter, tratándose de un maestro en elegancias como aquél, que el dar una lección póstuma á los parisienses que acudían á presenciar su entierro.

Otros tres maestros de ceremonias, y, detrás, la impasible pompa oficial, la misma siempre para matrimonios, entierros, bautizos, aperturas de Parlamento ó recepciones de soberano; el interminable cortejo de las carrozas de gala relucientes, magníficos cristales, vistosas libreas recamadas de oro que cruzaban por entre la deslumbrada multitud recordándole los cuentos de hadas, los atalajes de Cenicienta, promoviendo esos «¡Oh!» de admiración que suben y se despliegan con los cohetes las noches de fuegos artificiales. Y no faltaba nunca entre el gentío tal cual municipal complaciente, tal cual menestralillo

erudito y buscón, á caza siempre de ceremonias públicas, que se encargaba de nombrar en alta voz á cada uno de los personajes de los coches á medida que iban desfilando.

Al frente los representantes del Emperador, de la Emperatriz, de toda la familia imperial: luego, en un orden jerárquico elaborado sabiamente y cuya menor alteración hubiera sido ocasionada á graves conflictos entre las diferentes corporaciones del Estado, los miembros del Consejo privado, mariscales, almirantes, gran canciller de la Legión de Honor, el Senado, el Congreso, el Consejo de Estado, todo el organismo universitario y judicial, cuyos uniformes, armiños y tocados hacían volver á los tiempos del antiguo París, y tenían algo de pomposo y anacrónico, fuera de lugar en una época escéptica, de blusa y traje negro como la nuestra.

Felicia, para distraer sus pensamientos, se complacía en mirar aquel desfile monótono de una longitud exasperadora, y poco á poco se sentía atacada de una especie de sopor como si en un día de lluvia se entretuviese, sentada al velador de un salón fastidioso, en recorrer las páginas de un álbum iluminado, una historia del uniforme desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Todos aquellos fulanos, vistos de perfil, inmóviles y tiesos detrás de los anchos cristales, parecían punto por punto personajes de álbum sentados no más que en el filo del banquillo á fin de que no se perdiese ni un ápice de sus bordados de oro, de sus palmas, de sus galones, de sus charreteras; maniqués ofrecidos á la curiosidad de las multitudes y exhibiéndose con aire indiferente.

¡La indiferencia!... Tal era la nota dominante en aquel entierro. Por doquiera se dejaba sentir, en los semblantes y en los corazones, así entre la turbamulta de funcionarios que en su mayor parte habían conocido al duque sólo de vista, como en las filas á pie entre el carruaje mortuario y el cupé, la intimidad estrecha ó el servicio diario. Indiferente, y aun satisfecho, el obeso ministro, vicepresidente del Consejo, quien con su robusto puño, habituado á partir la madera de la tribuna, agarraba sólidamente las cintas del féretro y parecía como si tirase de él, como si tuviese más prisa que los caballos-

y el coche mortuario para llevar pronto á diez palmos de tierra al enemigo de veinte años, al eterno rival. Los otros tres dignatarios no avanzaban con aquel brío, pero las luengas cintas flotaban con significativo abandono en sus manos descuidadas ó distraídas. Indiferentes los clérigos, por oficio; indiferentes los de la servidumbre, á los cuales no solía dar otro nombre que el de «cosa», y trataba efectivamente como cosas. Indiferente M. Luis, esclavo bastante rico para pagar su rescate, que veía llegado, con el último día de su esclavitud, el de su emancipación. Aquel frío glacial había penetrado hasta entre los íntimos, á pesar de haberlos entre ellos muy afectos. Pero Cardailhac tenía demasiado que hacer en velar por el orden y la regularidad de la ceremonia para entregarse al más leve enternecimiento, cosa que, por otra parte, cuadraba poco á su modo de ser. El viejo Monpavón, herido en el alma, hubiera encontrado de pésimo gusto y de todo punto indigna de su ilustre amigo la más leve flexión de su coraza de tela y de su elevada talla. Sus ojos estaban secos, más brillantes que nunca; las empresas funerarias se encargan de suministrar las lágrimas de los grandes duelos, bordadas en plata sobre tela negra. Alguien habla, con todo, más allá, que lloraba, entre los miembros de la comisión parlamentaria; pero lloraba más por el que se quedaba que por el que se iba. ¡Pobre Nabab! Ablandado por aquellas músicas, por aquella pompa, parecíale como que llevase á enterrar su fortuna entera, sus ambiciones todas de gloria y de dignidad. Y al fin era aquella una de tantas variedades de la indiferencia.

En el público predominaba sobre todos los demás sentimientos el de la hermosura del espectáculo, el gusto de convertir en día de fiesta uno que no lo era. En el trayecto de los bulevares, el público de los balcones hubiera aplaudido de buen grado; aquí, en los barrios populares, la irreverencia se manifestaba todavía más desembozadamente. Entre dos redobles de tambor cruzábanse en el aire chuscadas, guasas picarescas acerca del difunto y de sus calaveradas, de que París en masa tenía noticia, risas producidas por los anchos sombreros de los rabi-

nos, por las pértigas del consejo de prohombres. La pillaría en cuerpo, quién con blusa, quién en mangas de camisa, quitada la gorra por la fuerza de la costumbre; la miseria, el trabajo forzado, la holgazanería, la huelga, contemplaban refunfuñando el paso de aquel morador de otras esferas, de aquel brillante duque caído de las alturas, y que acaso en toda su vida no había puesto los pies en aquel arrabal excéntrico de la ciudad. Pero así van las cosas. Para llegar allá arriba, allá donde va todo el mundo, no hay más recurso que tomar el camino de todo el mundo, el arrabal de San Antonio, la calle de la Roquette, hasta aquella gran puerta fielato que abre tan ancha boca en dirección al infinito. ¡Y qué diablo! no deja de dar gusto ver que los señorones del calibre de Mora, duques, ministros, quieras que no, han de seguir el camino común hacia un común destino. Esta igualdad en la muerte consuela de muchas de las injusticias de la vida. Mañana el pan parecerá menos caro, mejor el vino, menos pesada la herramienta, cuando al levantarse de la cama cada cual pueda decir para sí: «Pues mira, también Mora ha pasado por el rasero de los demás...»

Proseguía el desfile, más fatigoso que lúgubre. Llegaba su turno á las sociedades corales, comisiones del Ejército, de la Marina, oficiales de todas armas precediendo como en apretado rebaño á una larga fila de vehículos vacíos, coches de luto, carruajes particulares que mandaba allí la fuerza de la etiqueta. Seguía luego á su vez la tropa, y en el ruin arrabal, por aquella larga calle de la Roquette, hecha ya un hormiguero hasta donde alcanzaba la vista, precipitábase un ejército en masa, infantería, dragones, lanceros, carabineros, pesados cañones con las fauces abiertas, prontos á ladrar, haciendo trepidar las piedras de la calle y los vidrios de las casas, pero no consiguiendo apagar el ronquido de los tambores, ronquido siniestro y salvaje que despertaba en la imaginación de Felicia la idea de esas exequias de Negus africanos en que millares de víctimas inmoladas acompañaban al alma de un príncipe para que no se fuera sola al reino de los espíritus, y le hacía pensar que tal vez aquella pomposa é interminable comitiva iba á bajar y á per-

derse en la fosa común, bastante capaz para dar cabida á cuantos la componían.

«...*Ahora y en la hora de nuestra muerte, amen...*» murmuró la Crenmitz á tiempo que el fiacre echaba á andar por la plaza semidespejada, en lo alto de la cual se divisaba ya, hecha un ascua de oro, la Libertad, como si fuese á lanzarse en mágico vuelo al espacio. Acaso aquella oración de la anciana bailarina fué la única nota sincera, conmovida, que se produjo en todo el inmenso trayecto recorrido por la comitiva fúnebre.

Han terminado todos los discursos, tres largos discursos tan glaciales como la huesa en que han metido el cadáver, tres declamaciones oficiales que han tenido por objeto principal poner muy alto el desinteresado afecto de los oradores por los intereses de la dinastía. Quince veces los cañones han puesto en revolución los innumerables ecos del cementerio, agitado las coronas de azabache y de siemprevivas, los ligeros exvotos colgados en los ángulos de los panteones; y mientras por la ciudad de los muertos flota y ondula, apestando á pólvora, una niebla rojiza, y sube y se va mezclando lentamente con la humareda de las fábricas del barrio plebeyo, la innumerable asamblea se dispersa también, diseminada por las calles en declive, con un murmullo confuso, el murmullo de las olas al romper en los peñascos. Sotanas de púrpura, sotanas negras, uniformes verdes y azules, cinturones de oro, espadines que se sujetan con una mano para que no estorben, van apresuradamente al encuentro de sus carruajes. Crúzanse profundos saludos, sonrisas discretas, mientras los coches de luto, que corren al galope desempedrando las calles, dejan ver largas líneas de negros cocheros, encorvada la espalda, calado el sombrero, el carrick flotante al viento de la carrera.

La impresión general es de satisfacción de haber puesto fin á una larga y fatigosa comedia, una prisa legítima por quitarse de encima el arnés administrativo, los trajes de ceremonia, desabrocharse los cinturones y los alzacuellos, aflojar las fisonomías, que también á su vez iban sujetas por tirantes.

Á paso premioso, arrastrando con harta pena sus hin-

chadas piernas, el obeso Hemerlingue iba avanzando hacia la salida, desechando las ofertas que le hacían desde varios de los carruajes, por constarle que sólo el suyo estaba hecho á la medida de su enorme humanidad.

—Barón, barón... aquí hay sitio.

—No, gracias; prefiero andar para desentumecerme.

Y á fin de evitar todas aquellas ofertas que comenzaban ya á cargarle, metióse por una avenida transversal cuasi desierta, y aun demasiado, porque apenas hubo puesto el pie en ella se arrepintió de haberlo hecho. Desde que entró en el cementerio, una sola cosa le preocupaba: el miedo de encontrarse cara á cara con Jansoulet, cuyo temperamento conocía, y quien podría suceder perfectamente que olvidase la majestad del lugar y renovase en pleno Père-Lachaise el escándalo de la calle Real. Dos ó tres veces, durante la ceremonia, había visto surgir de aquella masa de tipos incoloros que componían el cortejo la gruesa cabeza de su antiguo compinche, pareciéndole que se dirigía hacia él como si le buscase con el deseo de un encuentro. Pero, al menos, allá abajo, en la gran avenida, en caso de apuro, había gente, mientras que aquí... Brr... Esa inquietud era la que le hacía forzar el paso y el aliento; pero no le sirvió de nada. Al volverse por miedo á que le siguiese, vió asomar por la entrada de la avenida los altos y robustos hombros del Nabab. Ni el recurso tenía de escabullirse por el estrecho pasadizo de los panteones, tan apretados allí que ni sitio queda para arrodillarse. El piso, blando y empapado, se escurría, se hundía bajo sus plantas. Creyó lo mejor seguir andando con aire indiferente, con la esperanza de que tal vez el otro no le reconocería. Pero una voz cascada y fuerte gritó detrás de él:

—¡Lázaro!

Hasta se llamaba Lázaro aquel ricachón. El aludido se hizo el sordo y apretó el paso para ver de alcanzar á un grupo de oficiales que seguían el mismo camino á gran distancia.

—¡Lázaro, oh, Lázaro!

Como allá en aquellos tiempos, por el muelle de Marsella... Su primer impulso, por la fuerza de una antigua

costumbre, fué el de detenerse; pero volvió á su mente en un punto con miedo horrible el recuerdo de sus infamias, de todo el mal que había causado al Nabab y del que á la sazón estaba tramando; ese miedo llegó al paroxismo al sentirse agarrado bruscamente por una férrea mano. Su cuerpo hinchado se cubrió de un sudor frío; su rostro se puso aún más amarillo.

—¡Ah! no tengas miedo... No te quiero ningún mal, dijo Jansoulet tristemente. Vengo á pedirte tan sólo que no me lo hagas más á mí. Oye, Lázaro; en esta guerra que nos estamos haciendo tanto tiempo ha, tú eres el más fuerte... Yo soy el caído, lo sé... No puedo más... Pero sé generoso; no acabes con tu antiguo camarada. Vamos, perdóname...

Todo temblaba en aquel meridional abotargado, ablandado por los incidentes de la fúnebre ceremonia. Hemerlingue, al encontrarse frente á él, no le iba en zaga. Aquella negra música, aquella sepultura abierta, los discursos, el cañoneo, y aquella elevada filosofía de la muerte inevitable, habían conseguido remover sus entrañas. La voz de su antiguo compañero de glorias y fatigas acabó de despertar lo que de humano quedaba en aquella masa de gelatina.

¡Su antiguo camarada! Era la primera vez, desde hacía diez años, desde su ruptura, que le volvía á ver de tan cerca. ¡Qué de cosas le traían á la memoria aquellas facciones atezadas, aquellos hombros fornidos tan mal cortados para el recamado uniforme! El cobertor de lana delgada y llena de agujeros en que se envolvían los dos para dormir en la cubierta del *Sinal*; la ración partida como entre hermanos; las correrías por la abrasada campiña de Marsella, en las cuales hurtaban cebollas que luego se comían crudas escondidos en alguna zanja; los ensueños, los proyectos, los sueldos puestos en común, y, cuando la fortuna empezó á sonreírles, las bromas que habían hecho juntos, las alegres francachelas en que de codos en la mesa cada cual desembuchaba todo lo suyo.

¡Mentira parece que se pueda llegar á reñir después de haber sido tan amigos, cuando se ha vivido como dos gemelos colgados de esa flaca cuanto fuerte nodriza que se

llama la miseria; cuando se ha compartido su leche agriada y sus duras caricias! Estas ideas, difíciles de analizar, cruzaban como un relámpago por la mente de Hemerlingue. Casi instintivamente dejó caer su mano, cuan pesada era, en la que le tendía el Nabab. Vibró en ellos algo como una sensación animal, más poderosa que su rencor, y aquellos dos hombres que desde hacía diez años buscaban la manera de arruinarse, de deshonorarse el uno al otro, se pusieron á conversar como dos íntimos amigos.

Generalmente, cuando vuelven á reunirse dos amigos, pasadas las efusiones primeras, ambos quedan mudos, como si nada tuviesen que contarse, mientras que, al revés, es la misma abundancia de cosas, su afluencia precipitada, la que las impide salir. Los dos compinches se encontraban en semejante situación, sólo que Jansoulet apretaba fuertemente el brazo del banquero por miedo á que se le escapase, á que resistiese al honrado impulso que acababa de provocar en él.

—No tienes prisa, ¿verdad? Podemos dar una vuelta juntos si te parece... No llueve ya; el tiempo se ha serenado... nos hemos quitado una veintena de años de encima.

—Sí, sí, con mil amores; contestó Hemerlingue... pero yo no puedo andar mucho rato... tengo las piernas muy pesadas.

—¡Ah! es cierto; tus pobres piernas... Mira, allí hay un banco. Vamos á sentarnos un poco. Apóyate en mí, pobre amigo mío.

Y con el cuidado de un hermano, el Nabab le llevaba hasta uno de esos bancos que hay á cada lado cerca de las tumbas, en los cuales descansan esos duelos inconsolables que hacen del cementerio su paseo y su morada habitual. Y llegados allí le instalaba, le miraba con amor, compadecía su enfermedad, y por una corriente natural en aquel sitio iban á parar al tema de su salud respectiva, de la vejez que les amagaba. El uno era hidrópico, y el otro propenso á los ataques apopléticos. Los dos se medicaban por las perlas Jenkins, remedio peligroso, y en prueba de ello la muerte repentina de Mora.

—¡Pobre duque! dijo Jansoulet.

—Una gran pérdida para el país; dijo el banquero con aire de convicción.

Y el Nabab contestó sencillamente:

—Para mí sobre todo; porque si hubiese vivido...

—¡Ah! estás de vena, de mucha vena.

Temeroso de que se enojase, añadió al punto:

—Y además eres fuerte, muy fuerte.

El barón le miró guiñando el ojo, y tan maliciosamente que sus pequeñas cejas negras se hundieron en su amarillenta grasa.

—No, dijo; el fuerte no soy yo... Es María.

—¿María?

—Sí, la baronesa. Desde su bautizo dejó el nombre de Yamina por el de María. Aquello es ser mujer. Conoce mejor que yo la banca, y París, y los negocios. Ella es quien está al frente de toda la casa.

—¡Cuán feliz eres! suspiró Jansoulet.

Su tristeza ponderaba de sobras cuánto encontraba á faltar á la señorita Afchin. Tras unos momentos de silencio, prosiguió el barón:

—María no puede verte... Ten por seguro que no le hará gracia el saber que nos hemos visto y hablado hoy.

Y fruncía el entrecejo como si le supiese mal su reconciliación á la idea de la escena que le valdría. Jansoulet balbuceó:

—Y con todo, no sé que yo le haya hecho nada.

—Vamos, vamos, que no os portasteis muy bien con ella... Piensa en la afrenta que recibió cuando nuestra visita de boda... Tu mujer haciéndonos pasar recado de que ella no recibía á antiguas esclavas... Como si nuestra amistad no hubiese debido de prevalecer sobre una preocupación añeja... Las mujeres no olvidan nunca una cosa así.

—Pero yo nada tengo que ver en ello. Ya sabes lo orgullosos que son esos Afchin.

Él sí, pobre hombre, que no era orgulloso. Ponía una cara tan compungida, tan suplicante ante el ceño arrugado de su amigo, que éste sintió lástima. Decididamente al barón el cementerio le enternecía.

—Mira, Bernardo, no veo sino un camino... Si quieres

que volvamos á ser los camaradas de antes, que no sean perdidos esos apretones de manos que hemos cambiado, es preciso conseguir de mi mujer que se reconcilie con vosotros... Sin ello, como si no hubiésemos hecho nada... Cuando la señorita Afchin nos cerró tu puerta, tú la dejaste hacer; ¿no es eso?... Pues yo lo mismo; si María, al volver yo á casa, me dijese: «No quiero que seáis amigos...» á pesar de todas mis buenas intenciones no vacilaría en darte con la puerta en las narices. Porque, chico, no hay amistad que valga. Lo primero es la paz en casa.

—Pero así, dijo aterrado el Nabab, ¿qué camino sigo?

—Yo te lo diré... La baronesa se queda en casa todos los sábados... Vente pasado mañana con tu mujer á hacerle una visita. Encontraréis en casa á la mejor sociedad de París. No se hablará una palabra de lo pasado. Las señoras hablarán de modas, y de vestidos, y de cuanto ellas suelen hablar. Y luego, asunto concluido. Volveremos á ser amigos como antes; y puesto que estás en el atolladero, ¡qué diablo! te sacaremos de él.

—¿Te parece? Es que lo estoy más de lo que te figuras; dijo el otro moviendo la cabeza.

Otra vez las socarronas pupilas de Hemerlingue desaparecieron entre sus mejillas como dos moscas en la manteca.

—¡Vaya si me lo figuro!.. He remachado bien el clavo. No es que á ti te falte destreza... Los quince millones que prestaste al Bey fueron un magnífico golpe... ¡Ah! no te falta chispa, pero no aguantas bien las cartas. Se te ve el juego.

Hasta aquí habían hablado á media voz, impresionados por el silencio de la gran necrópolis; pero poco á poco los intereses humanos iban subiendo el tono á pesar de hallarse en medio de aquella inmensidad de piedras planas, llenas de fechas y de cifras, que manifestaban elocuentemente la inanidad de aquéllos, cual si la muerte no fuese sino cuestión de tiempo y de cálculo, la solución voluntaria de un problema.

Hemerlingue era feliz al ver la humildad de su amigo, dábale consejos acerca de sus negocios, los cuales parecía que conocía muy á fondo. En su entender, todavía el Na-

bab podía salir fácilmente del apuro. Todo dependía de la aprobación del acta, una buena jugada. La cuestión era procurarla. Pero Jansoulet no había ya esperanza alguna. Al faltarle Mora, le faltaba todo.

—Te falta Mora, pero me encuentras otra vez á mí. Nada pierdes en el cambio; añadió el banquero.

—No, no hay remedio... Es tarde ya... Le Merquier ha concluido su dictamen. Es terrible, á lo que parece.

—¡Pues bien! si ha concluido su dictamen, con empezar otro menos duro quedamos en paz.

—¿Pero cómo?

El barón le contempló estupefacto.

—¿Que cómo?... Chico, veo que ya no sirves... Pues concien, dcscientos, trescientos mil francos, si conviene...

—¡Disparate!... Le Merquier, la integridad en persona... «Mi conciencia» como le llaman...

Ahora la carcajada de Hemerlingue rompió con expansión extraordinaria, y resonó hasta el fondo de los mausoleos vecinos, poco habituados á tamaña falta de respeto.

—«Mi conciencia», la integridad en persona... ¡Qué gracioso!... De modo que tú no sabes que esa conciencia es mía, que la tengo yo, y que... Y se detuvo, miró detrás de él, algo asustado de un ruido que le había parecido oír.

—¿Oyes?...

Era el eco de su propia carcajada que salía repercutido del fondo de una hoya, como si aun á los muertos les hiciese gracia lo de la conciencia de Le Merquier.

—Hombre, si anduviésemos un poco, dijo el banquero... Empieza á hacer fresco en este banco.

Y entonces, paseando por entre los panteones, le explicó con cierta fatuidad pedantesca que las propinas representaban en Francia un papel tan importante como en Oriente, sólo que aquí había que cubrir más que allí las apariencias. Aquí se estilaban cubrepropinas...

—Y si no, mira, ahí tienes á Le Merquier... Pues en vez de largarle un gran bolsón como á un *seraskier*, se arreglan las cosas de otro modo. Á él, por ejemplo, le gustan mucho los cuadros. Está siempre en relaciones con Schwalbach, que se vale de él como de un cebo para la clientela católica... Pues bien: se le ofrece una tela, un

recuerdo para que le cubra uno de los entrepaños de su despacho. La cuestión está en que la tela lo valga... Y a verás, ya verás. Yo mismo te llevaré á su casa. Yo te enseñaré la manera de arreglar esas cosas.

Y satisfecho del asombro del Nabab, quien para halagarle exageraba más su estupor, abriendo unos ojos de á palmo con aire admirado, el banquero prolongaba su lección, dándole un curso entero de filosofía parisiense y mundana.

—Mira, chico, lo principal en París es saber cubrir las apariencias... Ahí, ahí está la cuestión... ¡las apariencias! Tú no piensas bastante en ellas. Tú te me cueles allá con el corazón en la mano, y tris, tras, lo espetas todo: al pan pan, al vino vino... Siempre el mismo... Te figuras que aquí puedes hacer lo que en los bazares, en los *souks* de Túnez... Esto es lo que te ha perdido, pobre Bernardo.

Se detuvo para cobrar aliento; estaba rendido. En una hora había hecho más gasto de pasos y de palabras que en un año. Entonces advirtieron que el azar de la marcha y de la conversación les había conducido otra vez al lugar donde había sido enterrado Mora, en la parte superior de un terraplén descubierto, desde el cual, y por encima de un millar de techos apiñados, se divisaban allá lejos, encrespándose como olas en alta mar, Montmartre y los cerrillos de Chaumont. Con la colina del Père-Lachaise hacían exactamente el efecto de esas tres ondulaciones equidistantes de que se compone, en el momento de la pleamar, cada embestida de las aguas. En los pliegues de aquellos abismos, por entre los vapores violáceos que subían, comenzaban á aparecer, como linternas de lancha, algunas lucecitas; perfilábanse algunas chimeneas á manera de mástiles ó de tubos de stéamer que lanzan resoplidos de humo, y parecía como si, arrastrándolo todo en su movimiento de ondulación, el océano parisiense se lo llevase en tres saltos cada vez decrecientes en la sombría playa. El cielo se había serenado en toda su extensión, como acontece á menudo al anochecer de un día lluvioso; un cielo inmenso, matizado de arreboles, sobre cuyo fondo erguía el panteón de la familia de Mora

sus cuatro figuras alegóricas, recogidas, meditabundas, suplicantes, agrandadas por la muriente luz del día. No quedaba allí el más leve vestigio de los discursos, de las lamentaciones oficiales. El suelo, alrededor, lleno de pisadas; unos cuantos albañiles ocupados en limpiar el dintel de las manchas de yeso, eran el único recuerdo de la inhumación reciente.

Cerróse con toda su metálica pesadez la puerta del panteón ducal. El exministro de Estado quedaba solo por siempre más, bien solo en la obscuridad de su noche, más densa todavía que la que iba subiendo paulatinamente del fondo del jardín, invadiendo las avenidas, las escaleras, la base de las columnas, pirámides, criptas de toda especie, cuya cúspide era la última en morir. Pasaban con sus trebejos y sus zurroneos grupos de trabajadores del cementerio, blancos, con esa blancura pizarrosa de los huesos desecados. Siluetas enlutadas, sustrayéndose mal de su grado al llanto y á la oración, deslizábanse furtivamente á lo largo de las cercas de verdura rozándolas con el callado vuelo del ave nocturna, á tiempo que en los extremos del cementerio sonaban voces melancólicas anunciando que era hora de cerrar. Había acabado la jornada fúnebre. La ciudad de los muertos, restituída á la naturaleza, convertíase en inmenso bosque con las encrucijadas plantadas de cruces. En una hondonada, una garita de vigilante encendía sus cristales. Oíase por doquier una especie de susurro que se desvanecía en cuchicheos al final de las esfumadas avenidas.

«Vámonos...» se dijeron los dos camaradas impresionados poco á poco por aquel crepúsculo helado. Pero, al emprender la marcha, Hemerlingue, insistiendo en su tema de antes, enseñó el monumento alado en sus cuatro ángulos por los ropajes y las manos tendidas de sus esculturas, y dijo á su amigo:

—¡Mira! Aquel era el maestro en eso de cubrir las apariencias.

Jansoulet le dió el brazo para ayudarle á bajar.

—¡Ah! sí, él sí que era fuerte... Pero tú, tú lo eres todavía más que los otros juntos... decía en su terrible entonación cortesana.

Hemerlingue se abstuvo de contradecir ni protestar.

—Á mi mujer se lo debo... Conqué á ver si haces las paces con ella; porque si no...

—¡Oh! pierde cuidado... El sábado en tu casa... Pero tú me acompañarás á la de Le Merquier.

Y mientras las dos siluetas, la una gigantesca, cuadrada, maciza y baja la otra, desaparecían por las revueltas del gran laberinto; mientras se iba desvaneciendo la voz de Jansoulet que guiaba á su amigo: «Por aquí, querido... Agárrate bien,» detrás de ellos, en el terraplén, un rayo fugaz del sol poniente iluminaba el busto expresivo y colosal, con su ancha frente cobijada por largos y erizados cabellos, con sus labios vigorosos é irónicos, de Balzac que les estaba contemplando...



XX

## LA BARONESA HEMERLINGUE

**E**n el extremo de la prolongada bóveda bajo la cual estaban situadas las oficinas de Hemerlingue é hijo, negro túnel que papá Joyeuse había empavesado é iluminado con sus ensueños durante diez años consecutivos, subía hacia la izquierda una escalera monumental con pasamano de hierro labrado, una escalera del París antiguo, que conducía á los salones de recibo de la baronesa, situados punto por punto encima de la caja y recibiendo